

LAS MUERTES DE PELUSA

Antonio bajó por la villa contento.

–Conseguí trabajo estable, Pelusa.

Y Pelusa se puso contenta también.

–Chofer. Voy a manejar unos camiones de la constructora. Me pagan por viaje.

–¿Adónde, Antonio?

–Qué sé yo. Donde me manden.

–Mirá si te mandan a Brasil o a Chile.

–¿Y qué? Tengo que hacer unos papeles y listo.

–Tenés que sacar el registro, Antonio.

–Una pavada. Ángel me lo hace en dos patadas.

En la constructora Antonio había sido albañil y pintor. A la obra le faltaba todavía, pero alguna vez se acabaría y entonces se acabaría también el laburo. Otra vez a patear la calle, como cuando lo echaron del ferrocarril. Pensar que los dos hermanos Corvalán habían sido ferroviarios, uno en el Urquiza y otro en el San Martín. Qué tiempos: entrabas al ferrocarril y estabas seguro de que de por vida ibas a ser ferroviario. Sin embargo, ahora no había más ferrocarriles, ni laburo, ni obra social. Changas había, pero a veces, y había seis chicos, y había hambre, y había cansancio.

–Por ahí, hasta puedo dejar de limpiar en una casa, al menos –se ilusionó Pelusa.

–Seguro, con que te quedes con algo por las dudas va a estar bien.

–Lo de Álvarez me queda cerquita y es menos trabajo, porque son todos grandes y no hay chicos que ensucien. En una de esas me quedo con lo de Álvarez, no más. Son dos veces por semana, veinte pesos. ¿Cuánto te van a pagar, Antonio?

–Y qué sé yo. Le calculo como mínimo 400.

–¿No preguntaste, Antonio?

–Me dio no sé qué, Pelusa. Ángel es tan amable... Pero más que en la constructora va a ser, Pelusa. Quedate tranquila. Aparte sé que van los viáticos, eso me lo dijo. Así que cuando esté de viaje es uno menos para comer en casa, eso también hay que calcularlo.

Pelusa se fue contenta para el hospital, aunque cuando llegó se enteró de que a su madre la habían llevado a terapia intensiva.

–Insuficiencia respiratoria aguda. Edema pulmonar.

Pelusa no estaba segura de haber entendido el significado de las palabras pero sí entendió qué quería decir la cara de la doctora. Y entendió también que a terapia intensiva no llevaban a cualquiera, no mientras pudieran aguantarlo en la sala general.

Pelusa se sentó en un banco largo de un pasillo largo y vacío. Al final del pasillo se materializó una figura de guardapolvo inclinada sobre un balde, sobre un cepillo, sobre un trapo de piso. La figura se deslizó

desde el fondo del pasillo zigzagueando de pared a pared, arrastrada por el cepillo arrastrado por el trapo. Pelusa levantó automáticamente los pies cuando el trapo y el cepillo llegaron hasta su lugar y rebuscaron por debajo del banco en el que estaba sentada. Cuando bajó los pies, oyó que gritaban:

–Familiares de Moreira, Blanca Enriqueta.

Pelusa caminó hasta el fondo del pasillo húmedo y llegó a la puerta vaivén con ojo de vidrio redondo y enfrentó a la doctora que era una mancha blanca con un collar de estetoscopio, y clavó la vista en el bordado azul del bolsillo del guardapolvo, y escuchó el nombre de su madre, y bajó la cabeza a las baldosas recién lavadas, y buscó un pañuelo en el bolsillo de su saco y no lo encontró en ese ni en el otro, ni en el monedero donde tenía los documentos de la madre, y cuando levantó la cara, la doctora ya no estaba: Pelusa veía sólo los dos ojos de la puerta doble, velados de pintura blanca.

–Yo me ocupo, doctora –dijo Pelusa.

–Si quiere, podemos buscar a su marido.

–Yo me ocupo, doctora –insistió Pelusa, y pensó que tal vez Antonio ya fuera chofer de camiones y estuviera viajando por la cordillera.

–Como usted quiera. Lo siento mucho, pero se iba complicando cada vez. Los pulmones estaban muy dañados y el corazón aguantó todo lo que pudo.

Pelusa iba a decir que el corazón de su madre se había cansado de aguantar tanto, pero supuso que a la doctora no le iba a importar tanto detalle.

La nohcecita estaba cayendo y Pelusa se asombró de cómo se iban alargando los días en octubre. Eso pensó mientras trataba de digerir la noticia y también qué lástima que el calor no llegaba, y que había escuchado por la radio que iba a llover, y que no tenía un par de zapatos decentes para ir al velorio de su madre: cosas que una piensa cuando debería estar pensando en otras más importantes, pero que no se vienen a la cabeza cuando uno está mal.

Tardó bastante en volver a casa. Se bajó del colectivo en la avenida cuando ya era de noche y pasó por lo de la hermana.

–Mamá murió –dijo, no más. Y la Ester no hizo otra mueca que la que ya traía puesta desde adentro cuando le vino a abrir. Pelusa volvió a buscar el pañuelo y lo encontró escondido en una manga del saco de lana que ahora le estaba siendo poco abrigo. Empezó a llorar.

La Ester la sentó en la cocina y le alcanzó un mate.

–Avisale al tío –le dijeron al hijo de la Ester en cuanto lo vieron asomar la cabeza. Y se quedaron las dos, sin decirse nada, sentadas frente a frente con la pava en el medio.

Cuando llegó Antonio, Pelusa no lloraba más, lloraba la Ester, despacito.

– ¿Oscar? – Pelusa no sabía por qué pero quería ver a su hijo mayor.
– Fue para arreglar lo del entierro. ¿Vos solucionaste los papeles del hospital?

– Creo que todo.

– Entonces vamos.

Pelusa dijo que se iba a cambiar, sabiendo que no tenía un par de zapatos decentes para ir al velorio de su madre.

Pasaron la noche en la funeraria que tenía contrato con Pami. Se quedaron la Ester y dos sobrinos. Los hijos de Pelusa se alternaron, porque la más chiquita estuvo un rato y se cansó. Algunas vecinas acompañaron a las hermanas: tomaron mate y hablaron un poco. La tía Maruca llegó como a las 12 de la noche y se puso a rezar el rosario. Durante la madrugada hizo mucho frío, demasiado para fines de octubre.

A la mañana fue el entierro. Pelusa, Antonio y los chicos se amontonaron en un auto de la funeraria. La Ester y familia fueron en otro, más atrás. Omar tenía el propio. Ángel llevó a la tía Maruca y otros parientes. El coche grande, negro, enderezó hacia el cementerio. Antonio, Oscar, Omar, el marido de la Ester y Ángel llevaron el cajón. Un nicho triste, en una última fila de nichos iguales. La más chiquita llevaba un ramo de flores que a último momento se negó a dejar allí.

Antonio se fue después del entierro, con un amigo del patrón para empezar a manejar el camión.

No lo volvieron a ver más.